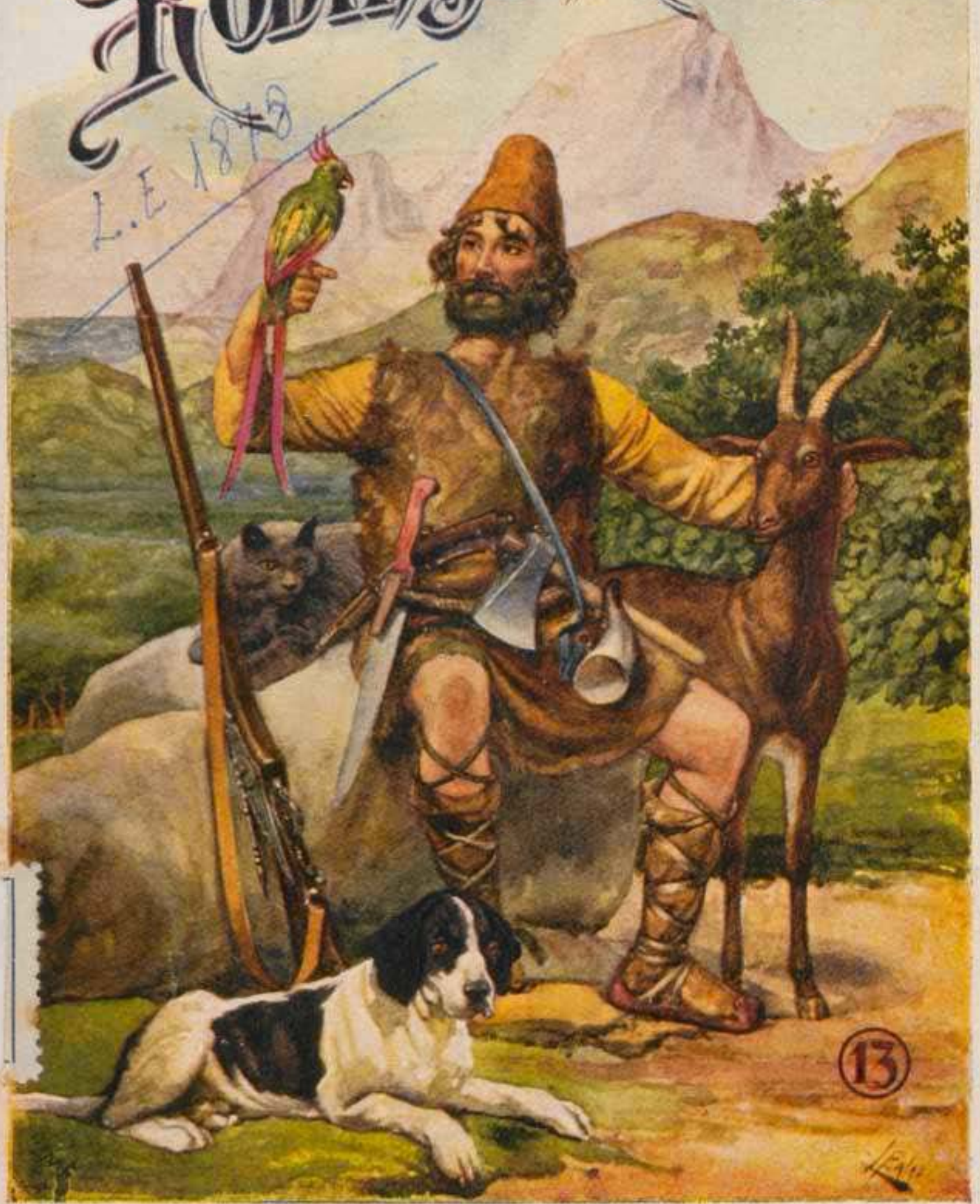


BIBLIOTECA SELECTA

Robinson Crusoe

L.E. 1878



78

Ramón Sopena, editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

4. E. 1848

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

—
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

—
Barcelona 25 de febrero de 1918.

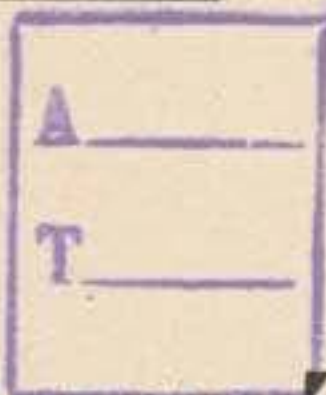
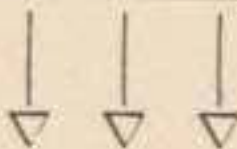
—
IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

—
POR MANDADO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.ª FERRAN
Vice Canc.

P. 0.90 pts

224

BIBLIOTECA SELECTA



Robinsón Crusoe



R. 27.121



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



L.E. 1848

283

Derechos reservados.

ROBINSON CRUSOÉ



Niños: Si os agradan los hechos extraordinarios, leed las aventuras de Robinsón Cruscé; os deleitarán y os servirán de útil enseñanza, pues demuestran que la voluntad y la inteligencia pueden, con el auxilio de Dios, vencer los obstáculos más insuperables y encontrar los medios de satisfacer las más apremiantes necesidades de la vida.

I

Nació el héroe de esta historia en York el año 1632, y fué esmeradamente educado.

Su anciano padre pretendió hacer de Robinsón un abogado; pero el joven, desoyendo los paternales consejos, decidió abandonar el estudio de las Leyes, para dedicarse a la navegación, con el deseo de recorrer el mundo y ver por sí mismo las maravillas que de los países lejanos había leído y oído referir.

Cierto día, encontrándose el joven Ro-

binsón en Hull, halló a un amigo suyo que le dijo :

—Como conozco tu deseo de navegar, de que me has hablado varias veces, creo prestarte un favor facilitándote los medios de realizar tus aspiraciones...

—¿De veras?—interrumpió Robinsón, lleno de alegría.

—Nada más cierto—repuso el amigo—. Dentro de pocos días parto para Londres y, si quieres, puedes acompañarme.

—¡Ay! — exclamó Robinsón con desaliento—. Mis deseos son grandes; pero me es imposible.

—Nada hay imposible para una voluntad firme.

—En este caso, la voluntad no basta.

—Veamos. Dime qué obstáculos se oponen a la realización de tus esperanzas, y trataré de vencerlos.

—Obstáculos muy poderosos—insistió Robinsón, cada vez más descorazonado.

—¿Cuáles son?

—En primer lugar, no tengo dinero...

—Ese obstáculo queda vencido—repuso precipitadamente el interlocutor—. Mi padre es el dueño del buque en que

hemos de embarcarnos, y no necesitas dinero para el pasaje. Además, yo tengo algunos ahorrillos, y puedo prestarte la cantidad que necesites. ¿Hay más obstáculos?

—Sí—contestó Robinsón—. Hay otro que no creo que puedas resolver tan fácilmente como el primero.

—¿Qué es ello?

—La oposición de mis padres, quienes tengo la seguridad de que no han de autorizarme para navegar, por mucho que les suplique.

—Pues ese obstáculo—dijo riéndose mefistofélicamente el amigo incitador—es, por lo contrario, más fácil de vencer.

—¿Cómo?—inquirió Robinsón con ansiedad.

—Prescindiendo de la autorización.

Y, como los deseos de viajar que tenía Robinsón eran muchos, y la insistencia del amigo fué muy tenaz, el 1 de septiembre de 1651 el joven aventurero saltó a bordo de un buque que llevaba carga para Londres.

La desobediencia a los padres rara vez deja de ser castigada inmediatamente por Dios, y Robinsón Crusoé no tardó en arre-

pentirse de haber cometido aquella falta, pues apenas el buque en que se había embarcado salió del puerto, se levantó un viento tan fuerte, que las olas espumosas del embravecido mar hacían pensar en los horrores de un naufragio.

Esto no obstante, el buque pudo llegar, siete u ocho días después, a la rada de Yarmouth; pero allí arreció tanto el temporal, que los tripulantes viéronse obligados a abandonar la embarcación, completamente desmantelada, y a refugiarse en las lanchas para ganar la orilla.

¡Días trágicos fueron para Robinsón los de aquella travesía, durante la cual vióse forzado a prestar su auxilio corporal a la marinería para desaguar el buque en el que se había abierto una enorme brecha!

No habían, sin embargo, concluído sus desdichas, pues las lanchas que, al abandonar el buque, tomaron los náufragos, zozobraron antes de llegar a la orilla, y Robinsón y todos sus compañeros de infortunio tuvieron que echarse a nadar.

Dios, bondadoso, creyendo sin duda bastante castigada la desobediencia de

Robinsón, no quiso extremar sus rigores, y proporcionó al joven una acogida hospitalaria en Yarmouth, cuyas autoridades se esforzaron por remediar, en lo posible, la desgracia de los náufragos.

El capitán del buque, que era padre del joven que había inducido a Robinsón a embarcarse, dijo a éste tan pronto como estuvieron en salvo :

—Joven, no vuelva usted a navegar nunca. Acepte la desgracia ocurrida como un aviso del Cielo, y desista de su propósito de abrazar la carrera de marino.

Como Robinsón había recibido algún dinero en Yarmouth, se despidió de su amigo, a quien no volvió a ver en su vida, y, por tierra, se encaminó a Londres.

¡ La dura lección recibida no consiguió vencer su repugnancia a volver al hogar paterno !

II

Decidido Robinsón Crusoé a dedicarse a la navegación, hizo conocimiento en Londres con el capitán de un buque que acababa de llegar de Guinea, y que, ha-

biendo obtenido pingües ganancias en aquel litoral africano, había resuelto regresar de nuevo a él.

En compañía del citado capitán hizo su segundo viaje Robinsón, siendo esta vez más afortunado, pues no sólo consiguió volver a Londres con algún dinero, sino que, habiendo simpatizado con el experto marino que lo acogió bajo su protección, éste le instruyó en las ciencias matemáticas, le enseñó las reglas de la navegación, el conocimiento exacto de la marcha de los buques, y otras muchas cosas que más adelante le fueron muy útiles.

Pero este generoso protector murió al regreso de uno de sus viajes y, como Robinsón había tomado ya gusto al oficio, volvió a embarcarse.

Nuevamente la desgracia y el infortunio hicieron víctima de su crueldad al joven aventurero, pues el barco en que navegaba fué atacado, entre las islas Canarias y la costa de África, por un corsario turco, y vencido y apresado por el enemigo, Robinsón y todos sus compañeros de tripulación fueron conducidos a Salé por los vencedores.

El capitán del barco corsario, encantado de la juventud y agilidad de Robinsón, retúvole en su poder como parte de su presa, mientras los demás tripulantes prisioneros fueron presentados al emperador que convirtió a unos en esclavos suyos y vendió a los demás a los traficantes de carne humana.

Cuando Robinsón se vió convertido en esclavo del capitán de un buque pirata, acordóse de las palabras proféticas de su padre que le predijo que había de ser muy desdichado si se dedicaba a la navegación.

—¡Día llegará—le había dicho el bondadoso anciano—en que te has de ver tan solo en medio de la desgracia, que no tendrás nadie que te consuele!

Y ese día llegó desgraciadamente.

Robinsón imploró, arrepentido, el auxilio del Cielo; pero el Cielo no siempre atiende las súplicas de los hijos que no reverencian las canas de sus progenitores y, desoyendo los consejos paternales, siguen los impulsos de su voluntad.

Muchos días pasó el joven aventurero siendo esclavo del capitán del buque cor-

sario, entregado a las faenas más rudas y sufriendo toda clase de vejaciones; pero, al fin, logró fugarse en una barca de pesca en compañía de otro esclavo llamado Xurí, niño de doce años, a quien por su corta edad y su carácter apacible no tuvo inconveniente en llevar consigo, después de haberle hecho jurar que le obedecería ciegamente y que le serviría con lealtad.

¡Cuántas amarguras, cuántos sufrimientos tuvieron que soportar Robinsón y su adolescente compañero durante aquella fuga, en lucha constante con las olas del mar, no siempre mansas y apacibles, sobre un frágil barquillo de pesca!

Varias veces intentaron desembarcar en la desembocadura de algún río, pero el temor a las fieras que veían circular por la orilla del agua los retuvo siempre.

Al fin, habiéndoseles concluído las provisiones de que habían abarrotado la barca antes de darse a la fuga, una tarde, cuando ya el sol empezaba a ocultar su disco de oro tras el horizonte, Robinsón echó un ancla, de que también iba provisto, cerca de la costa, y ganó la tierra a nado, seguido de su fiel compañero Xurí.

La costa estaba habitada. Una multitud de salvajes corrían a lo largo de la orilla, sorprendidos de ver desembarcar a Robinsón y su joven compañero.

Como éstos tenían necesidad de proveerse de víveres, por haberseles ya agotado los que llevaban al darse a la fuga, revistiéronse de valor y trataron de entablar relaciones con los indígenas de aquel país, para ellos desconocido.

La circunstancia de haber observado que los salvajes no llevaban armas, les animó a aproximarse a ellos y a dirigirles la palabra, pero, ¡empeño inútil!, aquellas gentes no entendían a Robinsón.

Entonces Xurí, que era un excelente mímico, se adelantó hacia un salvaje que, por llevar una especie de bastón en la mano, parecióle que debía ser el jefe, y por señas le expuso su deseo de aprovisionarse de víveres.

El indígena contestóle, valiéndose también de la mímica, que esperasen, y echó a correr internándose en el territorio.

Entonces comprendió Robinsón la utilidad de la compañía del pequeño Xurí, pues acaso sin él no hubiera logrado ser

entendido por los indígenas de aquel territorio.

—Dime, Xurí—preguntó a éste el aventurero—, ¿por qué lleva ese indígena ese bastón en la mano? ¿Es un símbolo de autoridad?

—Eso no ser bastón—repuso el interpe-lado—. Eso ser una lanza que tirar de lejos y herir mortalmente. ¡Oh! Ser un arma terrible.

Mientras sostenían ambos fugitivos este breve diálogo, vieron con gran sorpresa que los salvajes, dando muestras de un gran terror, emprendían una carrera velocísima lanzando gritos.

—¿Qué ocurre?—preguntó Robinsón—. ¿Por qué huye esa gente?

—Yo no saber... no saber...—contestó Xurí, no menos sorprendido que su amo, porque como tal consideraba a Robinsón, a quien había prometido obedecer

Pero no había concluído aún de hablar el chiquillo, cuando oyóse a lo lejos un rugido terrible, y ambos interlocutores echáronse instintivamente la escopeta a la cara.

Dirigieron la vista hacia el lugar donde

creían que aquel rugido formidable había sonado, y vieron que desde la cima de una pequeña montaña descendían corriendo dos enormes fieras.

Robinsón y Xurí se apresuraron a vol-



...uno de aquéllos se dirigió hacia la barca. (P. 16.)

ver a su barca, desde donde pensaban disparar sobre los enormes animales tan pronto como éstos se pusieran al alcance de sus armas de fuego.

Las fieras, en vez de perseguir a los salvajes que huían, corrieron en derechura al mar, se zambulleron en el agua y se pusieron a nadar de una parte a otra como si estuvieran jugando.

Al fin, uno de aquellos animales se dirigió hacia la barca en que se encontraban Robinsón y Xurí, y el primero de éstos descargó su escopeta.

La fiera, herida, se sumergió en el agua, pero no tardó en reaparecer su monstruosa cabeza sobre la superficie.

Robinsón hizo un segundo disparo, y el animal se hundió de nuevo, reapareciendo pocos momentos después junto a la orilla, donde murió.

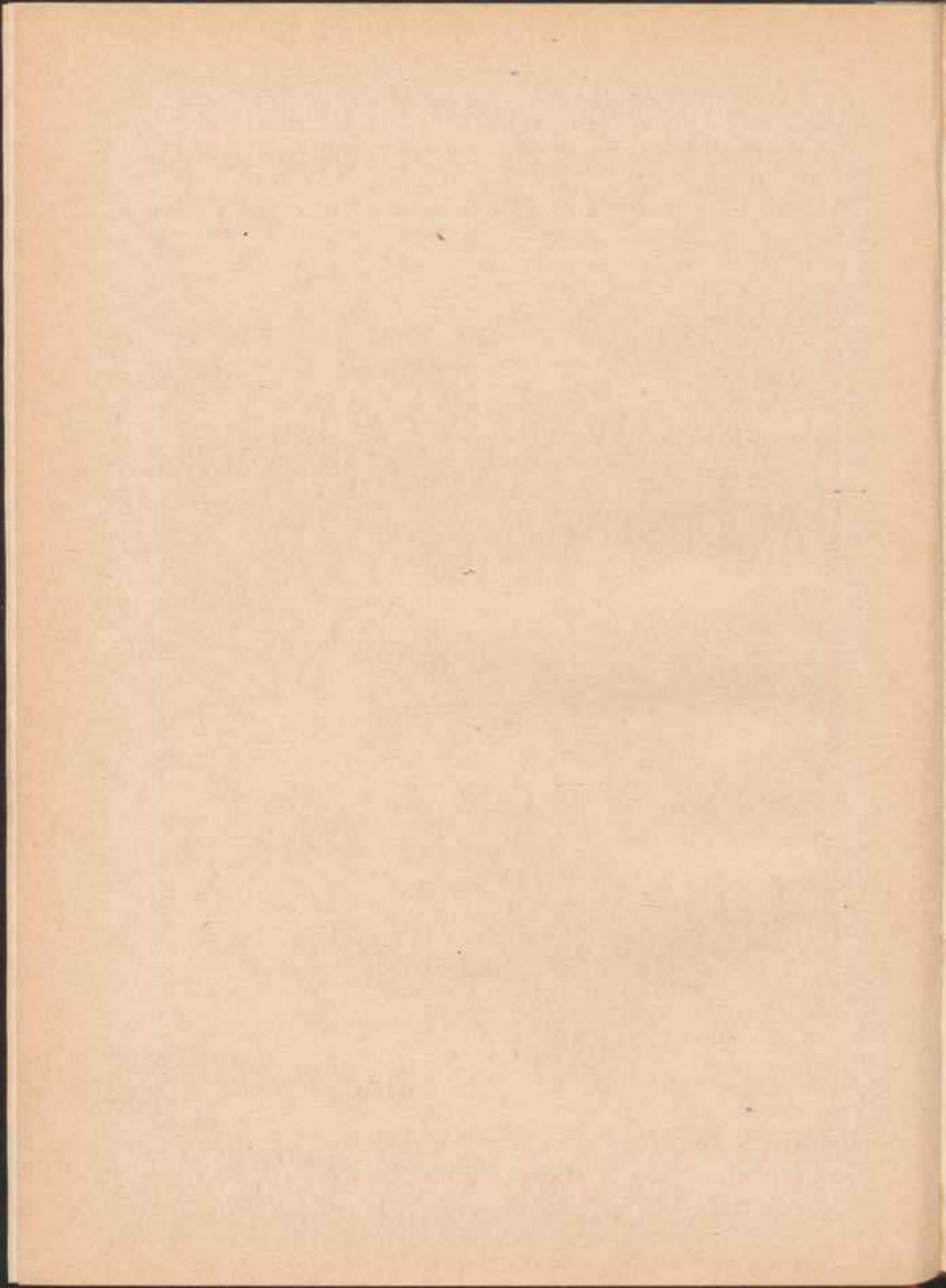
La otra fiera, cuyo instinto sin duda le previno el peligro que corría, salió del mar y se internó en tierra lanzando rugidos.

El terror que produjo a los salvajes en su huída el ruido del disparo hecho por Robinsón fué indescriptible. Seguramente era aquélla la primera noticia que tenían de las armas de fuego.

Algunos cayeron de espaldas; otros, creyendo tal vez que las iras de sus dioses se habían desencadenado en contra suya,



...vieron aparecer a lo lejos un pequeño grupo de salvajes... (Pág. 18.)



prosternáronse de rodillas ; y no pocos redoblaron el ardor con que corrían sin volver la cabeza.

Robinsón y Xurí, desaparecido ya el peligro, se apresuraron a desembarcar con el propósito de tranquilizar a los salvajes, pero éstos estaban ya tan lejos que ni siquiera intentaron seguirlos.

Sin embargo, Robinsón les gritó llamándoles, pero Xurí le hizo comprender la inutilidad de sus esfuerzos diciéndole :

—¡ Oh ! No gritar, señor ; salvajes estar lejos y no oír.

—Tienes razón, Xurí—confirmó Robinsón—, no pueden oírme, a la distancia en que se encuentran, y gritando ellos también.

—Aunque oír, no comprender, señor.

—Cierto, no me entenderían, aunque mis voces llegaran a sus oídos. Pero, en este caso, ¿ qué hacemos ? Necesitamos provisiones y ellos pueden facilitárnoslas.

—Nosotros esperar—aconsejó el pequeño esclavo.

—¿ Esperar ? ¿ Y qué hemos de esperar ? ¿ No los has visto correr como poseídos

del demonio? Les inspirará horror este sitio, y no se atreverán a volver aquí.

—Nosotros esperar—repitió Xurí, con tal firmeza y seguridad, que Robinsón se sorprendió al oírle.

—Sí; quizás tengas razón—dijo reflexionando—; pero si tardan mucho esos salvajes cobardes...

—Ellos volver pronto—interrumpió el pequeño esclavo.

—¿Pronto?

—Ellos venir a recoger la fiera muerta; gustarles mucho la carne de fiera.

—¡Ah!—exclamó Robinsón—. Comprendo.

Y, después de una pequeña pausa, agregó:

—Sentémonos entonces.

Y, acto seguido, sentáronse ambos en el suelo a esperar que regresaran los indígenas, a quienes la aparición de los dos animales feroces y los disparos de las armas de fuego habían puesto en dispersión.

La espera de Robinsón y de Xurí no fué larga, pues apenas había transcurrido una hora cuando vieron aparecer a lo lejos un pequeño grupo de salvajes, que,

recelosos y con todo género de precauciones, avanzaban con lentitud.

Xurí, al verlos, púsose en pie de un salto y, llamándolos por señas, los negros no tardaron en aproximárseles.

No fué empresa fácil conseguir cerrar el trato que Robinsón deseaba hacer con los negros, con quienes no se podía emplear otro lenguaje que el de la mímica; pero, al fin, gracias a la paciencia de Xurí, se pudo llegar a un arreglo definitivo.

Robinsón les entregó la fiera a que había dado muerte, y ellos le llenaron la barca de granos y de frutas, amén de algunos trozos de carne seca, granos y carne que, aunque desconocidos por el joven aventurero, servían muy bien para aplacar el hambre.

Avituallado ya, despidiéronse Robinsón y Xurí de los salvajes, y lanzáronse en su barca mar adentro con la esperanza de encontrar algún buque que los transportase a Europa.

III

Once días hacía ya que Robinsón y su pequeño esclavo surcaban las aguas sobre

su débil barquichuelo y aún no habían podido ver realizada su esperanza.

Sus ánimos empezaron a decaer y, como además los víveres de que les habían provisto los salvajes tocaban ya a su término, comprendieron que no tardarían en verse obligados a aproximarse de nuevo a tierra, sino querían exponerse a sucumbir.

Esta perspectiva no les era nada grata.

En previsión de que tal caso llegara, no se habían separado mucho de la costa de África, pero temían tropezar, si desembarcaban, con gentes de sentimientos menos humanitarios que los negros que les habían facilitado las provisiones.

Además, como ignoraban el lugar exacto en que se encontraban porque navegaban a la vela y el viento los impulsaba en una u otra dirección, el temor de caer de nuevo en poder de su antiguo amo contribuía mucho a su inquietud.

En fin, una tarde, Xurí, que tenía vista de lince, gritó lleno de júbilo:

—¡ Señor, señor, venir un barco grande!

Era cierto. Un buque portugués nave-

gaba a toda vela en dirección a la barca de Robinsón.

Este, con el alma abierta a la esperanza, disparó tres veces seguidas su escopeta para llamar la atención de los tripulantes del buque y empezó a agitar una bandera berberisca en demanda de socorro.

La tripulación del buque portugués no había oído los disparos, pero sin duda habían visto el humo porque en seguida se pusieron al paio y, tres horas después, Robinsón y su pequeño esclavo se encontraban a bordo de aquella gran embarcación.

La alegría que el joven aventurero experimentó al verse en salvo es indescripible, pero fácilmente pueden suponerla los que habiéndose visto amenazados de un inminente peligro de muerte, se encuentran salvados de pronto.

Robinsón refirió al capitán del buque todas sus aventuras y le testimonió su gratitud del mejor modo que le fué posible, pero no pudo conseguir que el generoso marino aceptara nada de cuanto le ofreció por el pasaje.

—Joven—díjole el capitán bondadosa-



mente—, he cumplido mi deber prestando auxilio a un semejante mío, y no puedo, por consiguiente, recibir nada en pago de mi acción. Si algún premio merezco, no lo espero de los hombres.

—¿Pues de quién entonces?

—De Dios—repuso el marino con solemnidad—, que es el encargado de premiar en la otra vida los actos buenos que en ésta realizamos, y de castigar los malos.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias!—exclamó Robinsón efusivamente.

—Pero no creería haber hecho nada en obsequio de usted—agregó el capitán—, si me limitase a haberle salvado del furor implacable de las olas...

—¿Cómo?—inquirió el joven.

—Lo llevaré al Brasil—siguió diciendo el marino sin hacer caso de la interrupción—a cuyo país nos dirigimos y allí lo recomendaré a una persona muy honrada, que tiene un gran ingenio y en cuya compañía, si trabaja con fe, puede conquistar una fortuna.

Robinsón, profundamente conmovido ante tales muestras de bondad, no acertó

a pronunciar una sola palabra, pero las lágrimas que brotaron de sus ojos fueron testimonio bastante elocuente de su inmensa gratitud.

Y, como los que tienen sentimientos buenos no dejan de manifestarlos en todas ocasiones, el capitán del buque, interesándose por la suerte de Xurí, hizo proposiciones a Robinsón para que éste le cediera su pequeño esclavo.

—No creo—le dijo—que ningún hombre pueda apropiarse de otro ni someter a la esclavitud a ningún semejante suyo, aunque este derecho esté hoy admitido y sancionado por las leyes humanas; pero, de todos modos, le compro a Xurí.

¡Oh, mi pequeño Xurí!—exclamó Robinsón—. Lo quiero mucho porque me es muy fiel, y sentiría privarme de sus servicios.

—Yo lo quiero más—objetó el marino.

—¿Cómo ha de quererlo más que yo, si apenas lo conoce?

—Lo quiero más, porque usted desea tenerlo a su lado para que le sirva y continúe sometido a la esclavitud, y yo deseo

comprarlo para darle libertad y hacerlo cristiano.

—Tiene usted razón, capitán—repuso Robinsón, vencido por la generosidad del marino; pero, como los buenos ejemplos a veces son imitados, el joven, deseando seguir la conducta que se le trazaba, agregó:—No le vendo a Xurí, pero desde este momento es libre. Mucho siento verme privado de su compañía; pero, comprendiendo que a su lado tendrá mejor porvenir que al mío, a usted se lo confío. Haga de él un hombre honrado y de provecho.

Algún tiempo después, Robinsón supo que el capitán del buque había cumplido su palabra, instruyendo al joven Xurí de un modo conveniente.

El capitán del buque desembarcó a Robinsón en el Brasil, conforme le había prometido, y lo recomendó muy eficazmente a un rico propietario, en cuya compañía aprendió el joven aventurero a fabricar el azúcar.

Viendo Robinsón la facilidad con que los colonos labraban su fortuna, resolvió establecerse en aquel país haciéndose

plantador, a cuyos efectos asocióse con un portugués llamado Wells, cuyo escaso capital igualaba al que había reunido el héroe de esta historia.

Pero como el trabajo allana muchas dificultades, a fuerza de laboriosidad y de economía perseverantes Robinsón y Wells consiguieron en un plazo relativamente corto aumentar sus bienes y dar mayor desarrollo a su industria.

Y así, ni envidioso ni envidiado, en la dulce tranquilidad de conciencia que experimentan los que cumplen fielmente sus deberes sociales, vivió Robinsón Crusoé algunos años en el Brasil, sin más contrariedad que la de verse separado de sus padres, a quienes, a pesar de su desobediencia, amaba tiernamente.

Al fin, el aventurero y su asociado Wells necesitaron brazos para el cultivo de sus extensas plantaciones, y como la venta pública de esclavos estaba prohibida, Robinsón, de acuerdo con otros plantadores brasileños que experimentaban la misma necesidad, decidió fletar un barco e ir a Guinea por negros.

Como Robinsón era más práctico en

asuntos marinos que todos los demás plantadores que contribuyeron con su peculio a los gastos que tal viaje ocasionaba, y como el joven aventurero parecía haber nacido para labrarse la propia desdicha, él fué el designado para llevar a efecto la citada comisión, a cuyo fin volvió a embarcarse abandonando las costas brasileñas un día de septiembre de 1659.

¿Qué le deparaba la suerte? ¿Le sería próspero o adverso este nuevo viaje?

IV

Doce días llevaba ya Robinsón Crusoé meciéndose, en el barco tripulado por los plantadores del Brasil, sobre la movediza superficie del mar, cuando una tempestad violentísima echó de pronto al buque fuera de la ruta.

La tempestad aquella amainó, y, practicado el reconocimiento oportuno con los instrumentos náuticos de que entonces se disponía, se vino en conocimiento de que la embarcación se encontraba cerca del undécimo grado de latitud septentrional y de que la tierra habitada que estaba más

próxima era el archipiélago de los Caribes.

Robinson Crusoé resolvió entonces dirigirse a las islas Barbadas, y, al efecto, se cambió de ruta haciendo rumbo al Noroeste con el propósito de arribar a alguna isla inglesa, donde pudiera ser el barco reparado de las averías sufridas durante el temporal de que desgraciadamente había sido víctima.

Pero, ¡ay! la fortuna era decididamente adversa al joven aventurero, pues, llegado a los doce grados diez y ocho minutos de latitud, levantóse una segunda tempestad que empujó al barco hacia el Oeste, tan lejos de toda vía frecuentada por los pueblos civilizados que, si por fortuna escapaban los tripulantes de los inmensos peligros del mar, era muy probable que fuesen devorados por los antropófagos.

El huracán era cada vez más furioso, y el barco, juguete de las olas embravecidas, tan pronto parecía sepultarse en un profundo abismo como elevarse a las nubes sobre las aguas.

De pronto, y cuando la tripulación, desesperada ya, no creía poder salvarse más que por un milagro de la Divina Provi-

dencia, un marinero gritó con voz atronadora :

—¡ Tierra !

Pero, apenas se había tratado de reconocer el sitio en que se encontraba la embarcación, cuando ésta quedó encallada en un banco de arena.

Sólo había dos chalupas a bordo, y costó no poco trabajo botarlas al agua.

Entonces comprendieron los tripulantes de la embarcación encallada toda la extensión del peligro, y con fe invocaron a Dios.

Refugiados, al fin, en las chalupas, las oleadas eran tan fuertes, que claramente advertían los desgraciados náufragos que les era imposible resistir mucho tiempo.

Confiando en el auxilio divino, secundaron los esfuerzos del viento, que soplabá hacia tierra, con lo que no hacían sino acelerar el momento de su pérdida.

Una ola gigantesca arrojóse con tal ímpetu sobre la chalupa en que iba Crusoé, que la volcó, y todos los tripulantes fueron lanzados al agua sin tener apenas tiempo de invocar el santo nombre de Dios.

Robinsón sintióse impulsado por una ola que lo llevó a tierra casi inánime.

Cuando el joven aventurero abrió los ojos y se encontró salvado, hincóse de rodillas y dió gracias al Cielo, por haberle conservado la vida, mientras sus compañeros de viaje perecían sepultados en las profundidades del mar, pues efectivamente no volvió a ver jamás a ninguno de ellos.

—¡ Dios mío !—exclamó al volver la vista hacia el inmenso piélago y ver a la distancia el buque encallado—. ¿ Cómo es posible que hubiera yo llegado a tierra sin tu divino y poderoso auxilio ?

Sin embargo, su situación no podía ser más desesperada, pues se encontraba con la ropa chorreando agua y sin una migaja de pan con que alimentarse. Un cuchillo, una pipa y un poco de tabaco dentro de una pequeña caja eran los únicos bienes que a la sazón poseía el infeliz náufrago.

La noche avanzaba, y esto le hizo reflexionar en los peligros a que iba a verse expuesto si la tierra a que las olas lo habían arrojado estaba habitada por antro-

pófagos o por animales feroces, pues no ignoraba que estos últimos suelen buscar su presa en la obscuridad nocturna.

El único recurso a que se le ocurrió apelar fué subirse a un árbol y así lo hizo.

Tiritando de frío a causa de la humedad de su ropa, más que por efecto de la temperatura que no era nada desapacible, pasó Robinsón la noche sobre el tronco de un frondoso abeto en aquella tierra desconocida, y cuya situación en el globo ignoraba, esperando encontrar al día siguiente la muerte que creía inevitable.

Cuando la aurora abrió las puertas del Oriente al sol del nuevo día, la tempestad había cesado, y las olas del mar en calma besaban amorosamente las arenas de la orilla.

La marea que subía había desprendido el buque náufrago del banco en que estaba encallado, arrastrándolo junto a una roca no muy distante de la playa.

Además, las olas habían depositado en la costa la chalupa que la furia de la borrasca había volcado el día anterior.

Robinsón no vaciló, tenía hambre y, no creyendo encontrar en tierra medios de

satisfacerla, decidió ir a buscar alimentos al buque.

Al efecto, embarcóse en la chalupa que parecía haber sido conducida hasta él por



la Providencia para que la usara, y dirigióse a la embarcación que había naufragado.

En la cámara del capitán encontró ron,

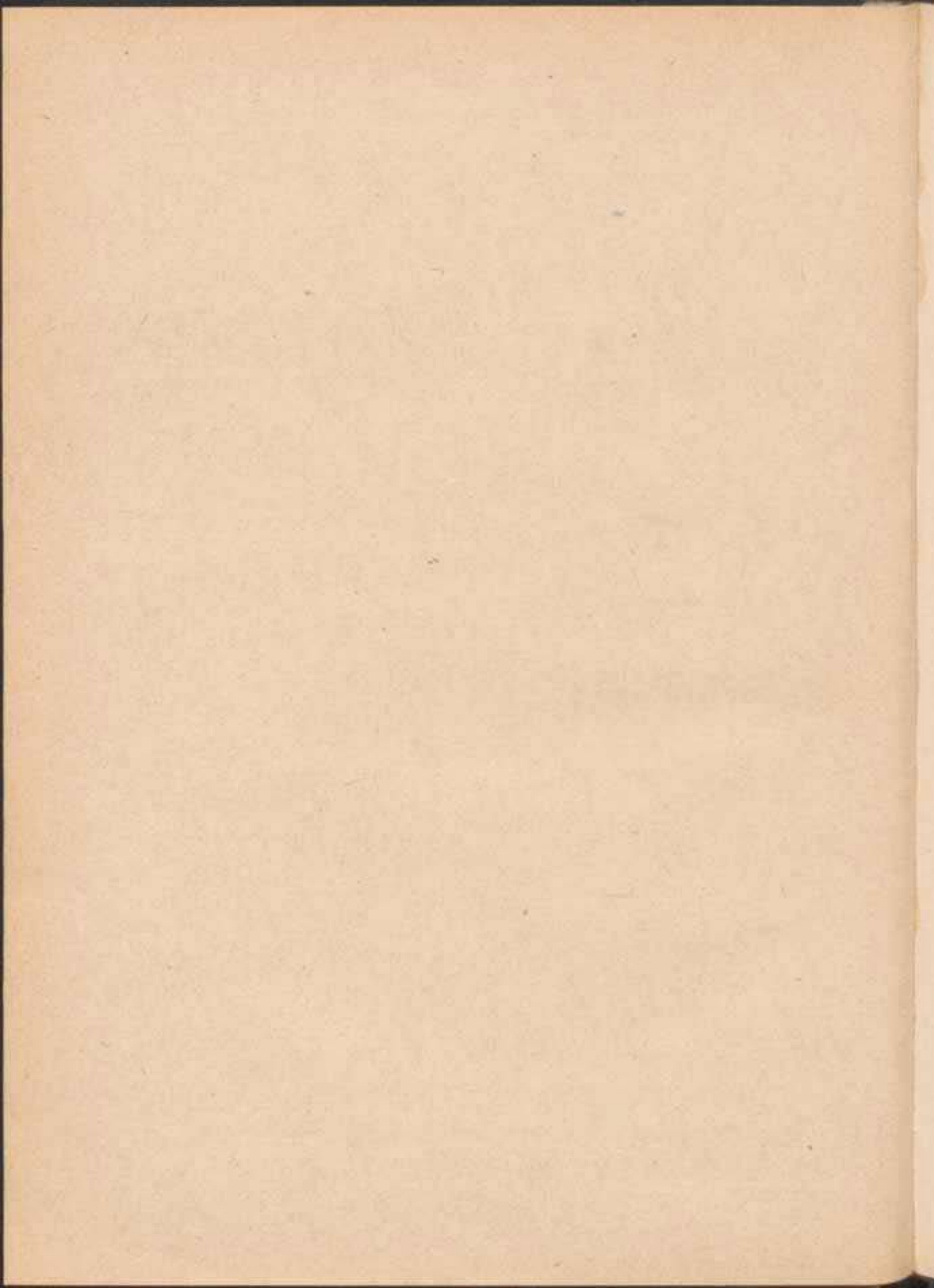
y se apresuró a echar un trago, pues tenía necesidad de aquel cordial para cobrar ánimo; pero no cometió la imprudencia de abusar del citado licor, temeroso de que, dado el estado de debilidad en que se encontraba, le hiciese daño.

Inmediatamente advirtió la necesidad de proveerse de una balsa para trasladar a tierra los efectos que le eran más necesarios, pues la chalupa estaba casi insertible y no podía utilizarla con este objeto, al menos con la rapidez que él deseaba.

La necesidad le hizo aguzar el ingenio. Bajó del buque dos o tres pequeños mástiles y uno o dos masteleros de juanete, los ató separadamente y los arrojó al agua. Hecho esto, descendió por un costado de la embarcación, y, tirando de los palos hacia él, los ató juntos por los dos extremos lo mejor que pudo y les dió la forma de balsa. Luego fijó, al través, algunas tablas, pero, comprendiendo que aquella especie de ensambladura no era bastante sólida para soportar una gran carga, por ser bastante débiles las piezas que la componían, la reforzó cuanto le fué posible.



...empleó muchos días en cortar estacas en un bosque,
transportarlas y clavarlas... (Pág. 35.)



Acto seguido, trasladó a tierra ropas, maderas, víveres, armas y algunos barriles de pólvora para lo cual vióse precisado a hacer varios viajes, operación en la que invirtió la mayor parte del día.

Provisto ya de los objetos más necesarios, cortó varias estacas, y con éstas y una vela del buque levantó una tienda, dentro de la cual y tendido sobre un colchón durmió aquella noche, no sin que antes hubiera colocado a su cabecera un par de pistolas y una escopeta, bien cargadas.

Como se encontraba rendido de cansancio, Robinsón no despertó al día siguiente hasta que el sol estaba ya bastante alto.

Su primera preocupación, después de almorzar, fué la de apoderarse de todos los efectos que quedaban en el buque naufrago, empezando por los cables y el herraje, y con el fin de aprovechar la bonanza del tiempo procedió inmediatamente a hacer viajes desde tierra a la embarcación, y desde ésta a la playa trasladando cada vez cuanto la resistencia de la balsa podía soportar.

Al duodécimo viaje el viento empezó a levantarse, lo que no impidió a Robinsón

volver a bordo mientras estuvo bajando la marea.

En uno de estos viajes encontró en la cámara del capitán del buque, en un armario, tres navajas de afeitar, unas grandes tijeras y una docena de cuchillos y otros tantos tenedores, hallazgo que le regocijó en extremo, mientras que, por lo contrario, no le dió gran importancia a la gruesa suma que en monedas de oro halló también.

—¡ Miserable metal!—exclamó—. ¿ De qué has de servirme en estas circunstancias?

Sin embargo, se apoderó del dinero y lo llevó también a tierra.

Aquella noche fué tempestuosa, y, cuando al despertar el día siguiente dirigió la vista al mar, vió con sorpresa que el casco del buque había desaparecido; pero no le afligió mucho la pérdida porque ya se había apoderado de la mayor parte de los objetos que aquél contenía y que podían serle de alguna utilidad.

Comprendiendo que las circunstancias le imponían la dura necesidad de vivir mucho tiempo en aquella tierra descono-

cida a donde las olas del mar lo habían arrojado, Robinsón decidió construirse una vivienda sólida que le sirviera de refugio contra las bestias feroces, si por acaso las había en aquel país, y al efecto empleó muchos días en cortar estacas en un bosque, transportarlas y clavarlas profundamente en el suelo.

Al ver su obra terminada, respiró satisfecho. Era una estacada tan sólida que él creía que ni los hombres ni las fieras podían asaltarla; pero, como el tiempo le sobraba, tanto para distraer su ociosidad solitaria como para dar mayor firmeza a su rústica morada, amontonó alrededor de la empalizada que había construido, tal cantidad de piedras y de tierra, que llegó a formar un terraplén de considerable elevación.

Terminado su albergue, abrió detrás de él una cueva donde depositó las armas, la pólvora y todos aquellos objetos sacados del buque, que no eran de uso inmediato.

Como la experiencia es madre de la ciencia, la experiencia le demostró por medio de una circunstancia fortuita que no era conveniente tener almacenada la

pólvora tan cerca del lugar que le servía de albergue.

Esta circunstancia fué la siguiente :

Una tarde estalló de repente una tempestad tan horrorosa, que Robinsón, acostumbrado ya a ver esos majestuosos espectáculos, se sobrecogió de espanto.

La lluvia caía a torrentes, y la cárdena luz de los relámpagos zigzagueaba por el horizonte tan continuadamente que parecía que el Cielo deseaba exterminar todos los seres que pueblan el universo. El ruido de los truenos era ensordecedor

Cuando Robinsón, consternado, imploraba de rodillas compasión a Dios, pidiéndole que aplacara su cólera, una exhalación, rasgando las nubes, cayó muy cerca del albergue del joven. Esto le hizo comprender el peligro inminente de habitar junto a un almacén de pólvora y, al día siguiente, hizo de ella muchos paquetes y los depositó en diversos lugares, separados unos de otros.

De este modo, si por un accidente cualquiera se inflamaba uno de sus depósitos, no se vería privado de un objeto de tanta utilidad, tanto para defender su vida co-

mo para proveerse de alimentos por medio de la caza.

V

Durante los primeros días que, después de haber construido su vivienda, pasó en aquella tierra, cuya situación en el globo le era completamente desconocida, Robinson dedicóse a examinar las producciones naturales del país.

En seguida vió que allí se criaba una especie de ovejas salvajes tan astutas y corredoras que era imposible acercarse a ellas ; pero, esto no obstante, el descubrimiento le llenó de regocijo porque, como disponía de armas y de pólvora en abundancia, no desesperó de poder cazarlas.

Y, efectivamente, después de algunas tentativas infructuosas, consiguió dar muerte a uno de aquellos animales, con cuya carne se alimentó durante algún tiempo, economizando las provisiones que había sacado del buque.

Ya tranquilo respecto al problema de la alimentación que creyó asegurada con la existencia de aquellos animales, dedicóse

a examinar el terreno en que se encontraba, pues hasta entonces se había separado poco del sitio adonde las aguas del mar lo habían arrojado, y no tardó en comprender que se encontraba en una isla desierta.

No queriendo perder la noción del tiempo, fijó en el suelo un gran poste de madera, sobre el que clavó otro atravesado en forma de cruz en cuyos brazos trazaba una raya cada día, haciendo cada siete una mayor, y otra mayor aún que ésta el primero de cada mes, con lo que consiguió tener un calendario que marcaba exactamente los días, semanas, meses y años.

Además, en el poste grabó con la punta de su cuchillo una inscripción que decía :

*Aquí llegó Robinsón Crusoé el 30 de
septiembre de 1659,*

fecha en que, según su cálculo, que creyó exacto, había arribado a aquella costa.

Como tenía tiempo de sobra y temía verse obligado a permanecer en aquella isla muchos años, pues, creyéndola fuera de toda ruta, no esperaba que pasara jun-

to a ella ninguna embarcación que lo recogiese, se dedicó a construir algunos muebles, siendo los primeros que fabricó una silla y una mesa.

Tan pronto como tuvo concluídos estos efectos, dedicóse a escribir un diario, donde consignaba con gran minuciosidad todos los sucesos de su vida, valiéndose de las plumas, tinta y papel que había encontrado en el buque náufrago.

Pero, a pesar de su laboriosidad y de su ingenio, había momentos en que el recuerdo de sus padres le invadía, y, entristecido, se abismaba en profundos pensamientos.

En estos ratos de melancolía y de nostalgia, servíanle de consuelo y, a veces, hasta de distracción, un perro y dos gatos que, por no dejarlos perecer de hambre, había trasladado a la isla desde el buque.

Además, el perro, como es un animal muy fiel y está dotado de un poderoso instinto, le prestaba numerosos servicios, que, aun siendo pequeños, no dejaron de serle útiles.

Un día, registrando los objetos que ha-

bía almacenado en la cueva que construyó detrás de su vivienda, encontró un saco que había contenido trigo, del que apenas quedaban algunos granos roídos por los ratones.

No creyendo sacar ninguna utilidad de aquel encuentro, sacudió el saco al pie de la estacada que rodeaba a su vivienda; pero sobrevinieron las lluvias y, un mes después, vió que brotaban de la tierra algunas matas de trigo que más adelante le dieron algunas espigas.

El júbilo que este hecho le produjo es indescriptible, y él que, aun habiendo sido educado en los principios religiosos, no solía ver en los sucesos de la vida más que la obra de la casualidad, no pudo por menos, en aquella circunstancia, de apreciar los designios de la Providencia que de tan inesperado modo acudía en socorro suyo.

Desde entonces Robinsón no se olvidó un solo día de rogar a Dios que lo protegiese, y Dios, como siempre que se le invoca con fe, no lo abandonó, pues aquellas espigas de trigo que casualmente habían nacido, cultivadas por él, se reprodu-

jeron y multiplicaron tan prodigiosamente, que a los tres años contaba el joven con una cosecha suficiente para fabricarse todo el pan que le era necesario para su manutención.

Además, un día que, acompañado de su perro, fué hasta el opuesto extremo de la isla, encontró en el trayecto un amenísimo valle, esmáltado de flores y poblado de árboles de dulces y muy sabrosos frutos.

También encontró una bandada de papagayos. Consiguió apoderarse de uno, al que con paciencia enseñó, en el transcurso del tiempo, a pronunciar su nombre.

Y así, poco a poco, iba el pobre náufrago descubriendo los medios de atender a su subsistencia y procurándose distracciones en su constante soledad.

En cierta ocasión experimentó una gran alegría y hasta llegó a animarle la esperanza de poder abandonar la isla en que su infortunio lo tenía recluso.

Fué un día en que, provisto de su escopeta y de un hacha y habiendo puesto en su morral mayor cantidad de pólvora y plomo que de ordinario, salió a cazar en compañía de su perro.



Consiguió apoderarse de uno, y enseñó a pronunciar su nombre. (Pág. 41.)

Persiguiendo a uno de los salvajes cuadrúpedos, cuya sabrosa carne servía para dar variedad al *menú* de sus comidas, subió a la cumbre de una montaña, que casualmente era el punto más elevado de la isla.

El sol brillaba espléndido en el horizonte, y sus luminosos rayos se reflejaban en la superficie del mar, a la sazón en calma. Robinson detúvose a contemplar, desde

la altura, la inmensa llanura de las aguas, en cuyo seno se agitan infinitos millones de seres animados, y sus ojos, llenos de asombro, distinguieron a lo lejos, en el punto en que la superficie del mar parecía confundirse con el cielo, una faja de tierra. El júbilo que experimentó el alma de aquel solitario habitante de la isla fué extraordinario, y al instante formó el propósito de construirse un barco para ir allá.

—¡Dios mío! ¿Será un continente esa tierra que he visto?—decía, al descender presuroso de la montaña—. ¿Será otra isla? Y si es una isla, ¿estará desierta como la que habito, o estará poblada?

Y como Robinsón sólo tardaba en poner en práctica sus proyectos el tiempo que empleaba en concebirllos, inmediatamente procedió a la ejecución de la obra.

Desgraciadamente, la empresa era superior a sus fuerzas.

Sin embargo, creyéndola él realizable, dedicóse a derribar un cedro como no lo produjo jamás el Líbano, cadena montañosa de Siria, que suministró la madera necesaria para construir el famoso templo de Salomón.

Gran trabajo costó a Crusoé abatir aquel árbol gigantesco, cuyo tronco tenía un diámetro de cinco pies y medio; pero, al fin, después de veinte días, consiguió cortarlo y, acto seguido, dedicóse a podar y limpiar su ancha copa.

Luego procedió a darle la forma de una canoa, y, cuando lo hubo conseguido, emprendió la faena de ahuecarla.

Cinco meses necesitó aquel trabajador incansable en construir la piragua; pero ¡ay! no tardó en convencerse de que su afán había sido inútil. ¡Le fué imposible lanzarla al mar!

Cuando adquirió el convencimiento de que su esperanza de trasladarse a aquella tierra que se divisaba desde el punto más elevado de la isla no podía realizarse, apoderóse de su ánimo el desaliento; pero éste no le duró mucho.

Entonces continuó dedicándose al cultivo del trigo y a la confección de algunos objetos cuya necesidad advertía a cada instante, especialmente vasijas y vestidos.

Estos últimos los confeccionó con la piel de las ovejas salvajes que había en la isla,

y, aunque, como es lógico presumir, eran bastante imperfectos, no por eso dejaban de prestarle el servicio necesario.

A pesar de tan múltiples y tan variadas ocupaciones, su constante deseo de viajar no le abandonaba, y, ya que le era imposible embarcarse en la inútil piragua que había construído con el tronco de un cedro, resolvió utilizar su balsa.

Es evidente que con la balsa no podía alejarse mucho de la isla, pero conformábase, puesto que otra cosa le era imposible, con rodearla, como lo hacía siempre que deseaba calmar sus incorregibles ansias de pasearse por el mar.

VI

Una mañana, apenas había Robinsón abandonado el lecho y asomádose a la puerta de su albergue, divisó sobre la playa cinco canoas, cuyos tripulantes debían haber desembarcado.

Crusoé no los vió; pero, suponiendo que fueran salvajes y que tratarían de atacarle, se apercibió para la defensa.



Viendo que las horas transcurrían sin que nadie se presentase, Robinsón salió del recinto de su fortaleza y subió a la cima de una pequeña montaña con objeto de explorar el terreno desde la altura.

Efectivamente, no se había equivocado: los tripulantes de las canoas que estaban en la playa eran salvajes, y de instintos sanguinarios, pues vió que tenían dentro del círculo que habían formado a dos infelices a quienes se proponían sacrificar. Sin duda las víctimas eran prisioneros de guerra.

De pronto, aquellos bárbaros se abalanzaron contra una de aquellas víctimas indefensas y descargaron sobre ella varios golpes de maza. El infeliz prisionero quedó convertido en un montón de huesos y de carne ensangrentada.

Cuando los caníbales vieron a su enemigo en tierra, dispusieron a despedazarlo y a repartirse sus ensangrentados despojos, con una ferocidad de que Robinsón no tenía hasta entonces idea.

El prisionero que continuaba vivo, al advertir la distracción a que estaban entregados los caníbales, creyó propicio el

momento para darse a la fuga, e inmediatamente lo puso en práctica.

Como si el miedo a morir hubiera puesto alas en sus piernas, el prisionero echó a correr desalentado, teniendo la suerte de que su fuga no fuese advertida hasta pasados algunos minutos de haberla él emprendido.

Ya fuera que los caníbales creyesen que no podía escaparse, ya que su voracidad y su deseo de engullir los pedazos de carne humana de que se habían apoderado, no tuviesen aplazamiento, lo cierto fué que sólo dos de aquellos bárbaros salieron en persecución del fugitivo.

La casualidad hizo que éste se dirigiera hacia el lugar que servía de observatorio a Robinsón, quien en seguida adoptó el firme propósito de socorrerlo.

El joven habitante de la isla descendió presuroso de la montaña en cuya cima se encontraba, adelantóse al encuentro del fugitivo y, después de colocarlo a su espalda y de decirle por señas que permaneciese quieto, esperó a los perseguidores.

Cuando los tuvo al alcance de su escopeta, disparó y uno de los caníbales cayó

herido, mientras que el otro, aterrorizado, se daba a la fuga con más velocidad aún que la que había empleado para perseguir al enemigo a quien Robinsón acababa de salvar la vida.

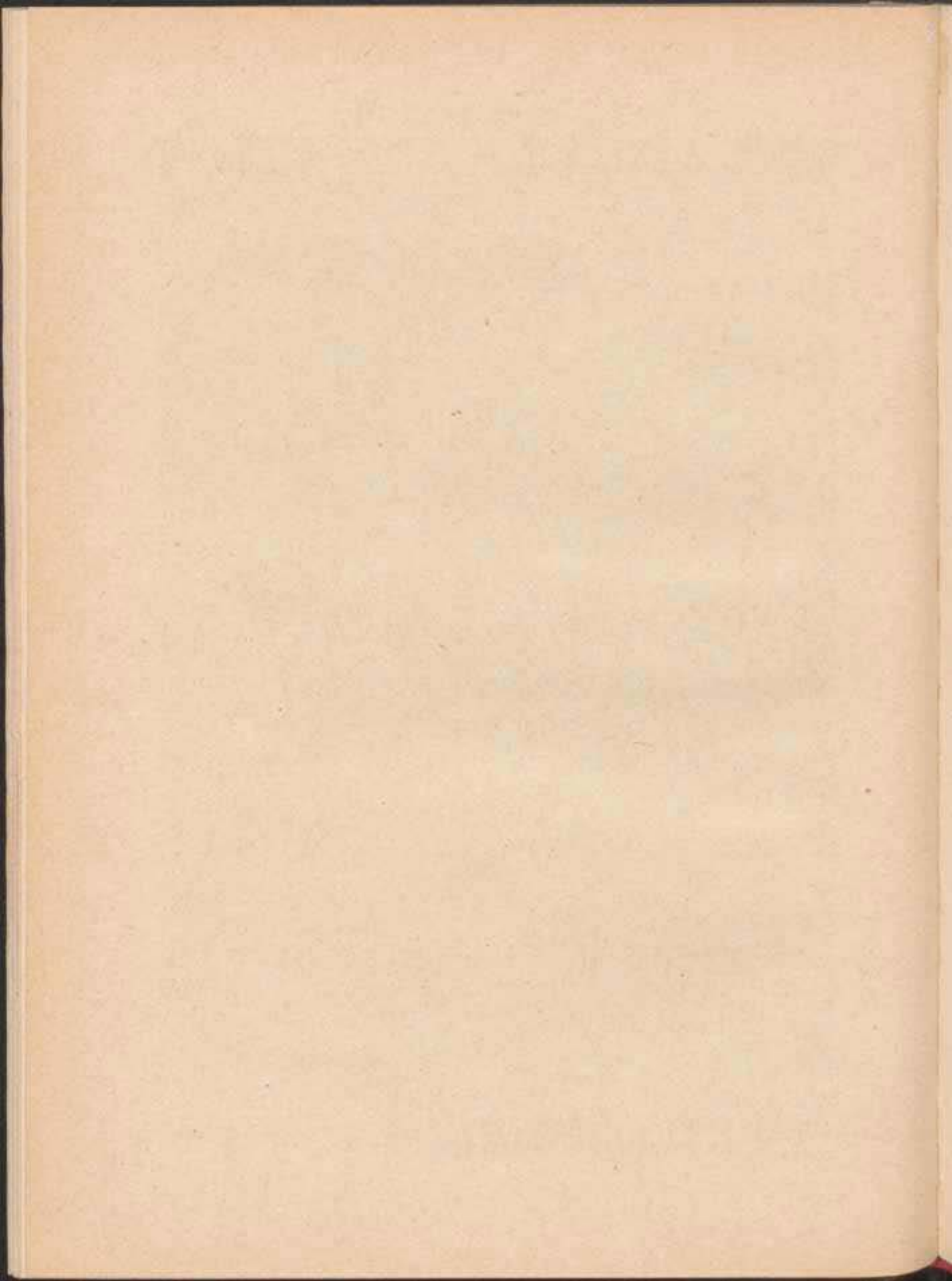
Tan pronto como el prisionero libertado se vió libre de la persecución de los caníbales, postróse de rodillas ante su generoso libertador, dando muestras de gratitud, que Robinsón aceptaba sonriendo.

El infeliz que tan expuesto había estado a ser engullido por los antropófagos, era un negro joven, robusto y bien formado, y Crusoé resolvió retenerlo en su compañía tanto para hacer menos espantosa su soledad cuanto para que le sirviera en calidad de esclavo, al que le dió el nombre de Domingo, porque domingo era efectivamente aquel dichoso día en que se había verificado la liberación de un condenado a muerte.

Domingo—le llamaremos así en lo sucesivo—puso término a las manifestaciones de su gratitud, cogiendo el pie derecho de su libertador y colocándoselo sobre la cabeza, mientras él continuaba arrodillado, sin duda para dar a enten-



...postróse de rodillas ante su generoso libertador, dando muestras de gratitud... (Pág. 48.)



der que quedaba en absoluto sometido a su voluntad.

Crusoé llevó en seguida a Domingo a su fortaleza y, suponiendo que tendría necesidad de alimento, le dió un gran trozo de pan y un hermoso racimo de uvas que el negro comió con envidiable apetito.

Luego lo hizo acostar sobre una de las dos hamacas que Robinsón tenía en su albergue, y cuando lo creyó dormido, salió con objeto de vigilar a los caníbales, a fin de evitar cualquiera sorpresa; pero, aunque subió nuevamente a la montaña, no consiguió verlos.

Sin duda, los antropófagos, prevenidos por el que había perseguido al prisionero, temieron ser atacados por el hombre blanco que daba muerte desde lejos, y se habían ocultado entre la maleza de alguno de los bosquecillos de la isla.

Sin embargo, Robinsón no se tranquilizó, porque las canoas de los caníbales continuaban en la playa, y no estaba seguro de no ser atacado.

El sol empezaba ya a desaparecer del horizonte, cuando Robinsón abandonó el

lugar de su observatorio y regresó a su albergue.

Hasta entonces no recordó que no había tomado alimento alguno en todo el día, después del desayuno, y, como el hambre atenaceaba su estómago, se dispuso a comer.

Domingo continuaba dormido profundamente, y Robinson, creyendo que el sueño le era más provechoso que la comida, no lo despertó.

—¡Pobre muchacho!—exclamó, contemplándolo.—Después de las violentas y terribles emociones que ha debido experimentar, esperando a cada momento ser devorado por sus enemigos, buena falta le hace el reposo.

Y, después de una pequeña pausa, prosiguió :

—¡Duerme, duerme tú, mientras yo velo esta noche por la seguridad de ambos, compañero de infortunio, a quien la Providencia acaba de colocar a mi lado para que me ayude a soportar las fatigas de mi solitaria existencia! ¡Dios quiera que algún día pueda llevarte conmigo a Europa!

Cuando Crusoe hubo satisfecho la necesidad de su estómago, comiendo un buen trozo de carne de oveja salvaje, un pedazo de pan y un racimo de uvas, tendióse sobre un lecho que improvisó a la entrada de su albergue, puso a su lado la escopeta, cargada, y prestó atención a los rumores de la selva por si percibía algún indicio que le hiciera sospechar la aproximación de los caníbales; pero sólo el



...continuaba dormido profundamente... (Pág. 50.)

rumor de las olas espumosas del mar que besaban la arena de la playa, el canto melodioso de algún pajarillo o el ruido leve que las ramas de los árboles producían al ser agitadas por alguna ráfaga de viento, eran los únicos sonidos que turbaban el silencio majestuoso de la noche en aquella isla perdida en la inmensidad del océano.

Al fin, convencido de que los salvajes no pensaban atacarle, dejóse vencer por el sueño y se quedó dormido.

Al despertar, a la mañana siguiente, lo primero que vieron sus ojos, al abrirse, fué el negro Domingo que, sentado cerca de él, lo contemplaba sonriente.

Crusoé le dirigió algunas palabras cariñosas; pero, como el negro no sabía inglés, no podía entenderlo, por lo que se limitó a ponerse de rodillas con la misma reverencia y humildad con que un creyente se postra ante Dios.

Robinson salió de su fortaleza, seguido de su nuevo esclavo; miró hacia la playa y vió, con satisfacción, que las canoas de los salvajes habían desaparecido.

Sin duda los antropófagos habían aban-

donado la isla durante la noche, con las mismas precauciones y silencio con que la habían abordado.

Así lo hizo comprender Robinsón a Do-



...sentado cerca de él, lo contemplaba sonriente.

mingo, y la alegría que el negro experimentó no fué menor que la que el suceso produjo a aquél.

Comprendiendo Crusoé que su joven esclavo no podría serle muy útil si no en-

tendía las órdenes que le daba, decidió enseñarle a hablar el inglés, y acto seguido empezó a darle lecciones; pero la empresa era algo ardua, dada la escasa inteligencia del pobre negro, a pesar de que él hacía todo lo posible por comprender a su amo.

Sin embargo, Domingo no tardó en aprender a llamar *mi amo* a Robinsón y a responder *sí* o *no*, cuando éste le ordenaba alguna cosa, pero a estas pocas palabras estuvo reducido todo su vocabulario inglés durante mucho tiempo.

Robinsón no se desanimaba por eso; antes, por lo contrario, proseguía con plausible perseverancia su tarea educacionista, a la que dedicaba tres o cuatro horas diarias, hasta que al fin obtuvo el resultado que se proponía.

Domingo, pues, llegó a expresarse en inglés, si no con perfección, con la claridad suficiente para ser entendido, lo cual acabó de convencer a Crusoé de que la voluntad perseverantemente encaminada a un fin puede realizar grandes prodigios.

Transcurrieron algunos años, durante los cuales las relaciones entre Robinsón y

Domingo llegaron a ser tan íntimas, que, más que amo y esclavo, parecían dos hermanos, aunque el negro, cada día más agradecido a su bienhechor, jamás dejó de tratarle con el respeto y la sumisión que creía deberle.

Un día, animado Robinsón por el deseo de confidencias que suelen experimentar de vez en cuando las personas que sufren o que han sufrido mucho, refirió a Domingo sus aventuras desde que, mal aconsejado, abandonó a sus padres hasta que las aguas del mar lo arrojaron a la isla en que se encontraban, y le mostró los restos de la chalupa que había quedado sobre una roca visible desde la isla.

—¡ Oh!—exclamó entonces el negro—. Yo ver piragua igual venir a mi país. ¡ Nosotros salvar hombres blancos de ahogarse!

—¡ Ah!—repuso Robinsón—. ¡ Conque tu tribu salvó a varios hombres blancos, que tripulaban una chalupa igual que aquella que se estrelló en la roca que desde aquí se ve en el mar, y cuyos restos permanecen aún en el mismo sitio para atestiguar el naufragio de que fuí víctima?

—Sí—insistió el negro—. Mi tribu salvar hombres blancos.

—¿Cuántos eran?

—Mi tribu salvar uno, otro, otro, otro...
—y así continuó contando hasta diez y siete.

—¿Y cómo es que siendo tu tribu antropófaga no se los comieron?

—Mi tribu no comer hombres más que cuando cogerlos prisioneros—repuso Domingo con cierta arrogancia. Y, como Robinsón se quedara pensativo, agregó el negro:—¿Mi tribu ser hermanos ahora con hombres blancos!

Crusoé, creyendo que los blancos a que Domingo se refería eran sus compañeros de desgracia que se habrían embarcado en otra chalupa cuando naufragó el buque en que navegaban, se interesó por ellos y dirigió numerosas preguntas al esclavo para informarse de la suerte que habían corrido.

Entonces supo que aquellos hombres de quienes ya no dudó que fueran náufra-
gos del mismo buque que él, vivían en el país de Domingo, en buenas relaciones de amistad con los indígenas, a quienes ayu-

daban a combatir a los enemigos de éstos.

Y, aunque el negro no se lo dijo, supuso que el país de éste debía ser otra isla apartada de la ruta de las embarcaciones, puesto que los náufragos no habían podido reintegrarse aún a Europa o a otro continente civilizado.

¿La isla en que él se encontraba, la que desde ella se veía a lo lejos en los días luminosos y la en que había nacido Domingo formaban acaso parte de algún archipiélago desconocido?

Robinsón lo ignoraba en absoluto.

VII

Además de las ovejas salvajes que proveían de carne la despensa de Robinsón, criábanse en aquellas islas algunas llamas, y, en la playa, numerosas tortugas, cuya carne y huevos eran muy del agrado de Domingo y de su protector.

En cuanto a las llamas, Robinsón no utilizaba su carne, ya porque no la creyera bastante apetitosa, ya porque, disponiendo de la de las ovejas salvajes, no la qui-

siera utilizar; pero un día se le ocurrió que, a pesar de todo, los citados cuadrúpedos podían contribuir a su alimentación, y resolvió aprovechar su leche.

Al efecto, cazó, no sin grande esfuerzo, una llama que estaba criando, apoderándose antes del hijo; la amansó y la encerró dentro de una empalizada, y desde entonces pudieron Robinsón y Domingo no sólo beber leche cuando se les antojaba sino también fabricar quesos que nada tenían que envidiar a muchos de los fabricados en Europa, en aquella época en que la industria no había llegado aún al grado de desarrollo y perfección que tiene hoy.

Una mañana fué Domingo, por mandato de Robinsón que no pudo acompañarle aquella vez, a buscar tortugas a la playa, y a los pocos minutos, corriendo como alma que lleva el diablo y con el terror reflejado en el rostro, regresó al lado de su amo, gritando desaforadamente:

—¡Una, otra, otra canoas! ¡Una, otra, otra canoas, mi amo! ¡Venir enemigos a buscarme! ¡Venir a comerme, señor!

Efectivamente, un grupo numeroso de salvajes pertenecientes a la tribu enemiga

de Domingo, y en cuyo poder se había visto ya otra vez el aterrizado negro, acababa de desembarcar en la isla; pero no con el propósito de apoderarse nuevamente de su antiguo prisionero, del que probablemente ya no se acordaban.

—¡Bah! ¡No te apures, hombre!—repuso Robinsón al oír gritar a su esclavo—. No dejaremos que se acerquen a nosotros.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh!—continuaba gritando Domingo, a pesar de encontrarse ya al lado de su protector—. ¡Ellos ser muchos! ¡Nosotros ser uno, otro!

—Aunque sólo seamos dos—replicó Crusoé—los pondremos en fuga con nuestras escopetas.

—¡No, no!—insistía el negro—. ¡Ellos ser muchos! ¡Ellos ser muchos!

Y con tal acento de terror insistía el pobre Domingo que los salvajes que habían llegado a la isla eran muchos, que Robinsón, a pesar de la confianza que tenía en poder ahuyentarlos con las armas de fuego, dado el espanto que éstas les infundían, llegó a alarmarse.

Queriendo cerciorarse por sí mismo de la verdad de las afirmaciones del atterori-

zado esclavo, tomó su anteojo y trepó a la cumbre de una colina, desde donde divisó un grupo numeroso de salvajes que formaban corro alrededor de una hoguera.

Los contó. Eran veintiuno, y cerca de ellos se encontraban las tres piraguas en que habían llegado a la isla.

Fuertemente atados a tres árboles de un espeso bosque que llegaba hasta el sitio en que estaban los caníbales, había tres prisioneros de los que sin duda se disponían aquellos bárbaros a hacer un festín.

Robinsón descendió rápidamente de la colina a que había subido para observar, unióse al asustado Domingo, le entregó una escopeta y, ordenándole que le siguiera, se internaron los dos en el bosque junto al cual habían hecho alto los salvajes.

Cuando Robinsón y su compañero volvieron a ver a los caníbales, desde la espesura del bosque, pero al alcance de sus armas de fuego, uno de los prisioneros había sido desatado del árbol a que estaba sujeto, y muerto a hachazos.

Los caníbales despedazaban los miembros de aquel infeliz, y, pedazo a pedazo, los arrojaban a la hoguera.

ROBINSÓN CRUSOÉ

Robinsón no aguardó más, ordenó a Domingo que lo imitara y disparó su escopeta

Las escopetas estaban cargadas con munición gruesa y balines de pistola, y los dos primeros disparos hirieron a cuatro o cinco salvajes, quienes inmediatamente echaron a correr despavoridos.

Robinsón y Domingo salieron en su persecución y, disparando de nuevo sus armas, ocasionaron nuevas víctimas.

Los caníbales, a quienes el terror prestaba alas, metiéronse en sus piraguas y lanzáronse mar adentro velozmente.

Entonces se aproximaron Robinsón y Domingo a los dos prisioneros que estaban atados a los árboles y los libraron de sus ligaduras.

Hasta aquel momento no advirtieron Crusoé y su esclavo que uno de los infelices a quienes acababan de salvar la vida era un hombre blanco, con espesa y enmarañada barba.

Domingo declaró que aquél era uno de los náufragos a quienes había salvado su tribu y que hacía tiempo vivían en su país en admirable armonía con los indígenas.



—¿Quién eres?—preguntó Robinsón al desgraciado, en inglés.

—¿Christianus!—repuso el interpelado en latín, pero con voz tan apagada y dé-



bil, que fácilmente se advertía que estaba a punto de sucumbir de extenuación.

Robinsón se apresuró a sacar de su bolsillo una botella que siempre llevaba con-

sigo y le hizo beber algunos tragos. Después le dió un pedazo de pan.

Mientras tanto, Domingo habíase aproximado al otro prisionero, lo había contemplado atentamente con extraña curiosidad y manifiesto interés y, después de dirigirle algunas preguntas, se había precipitado en sus brazos besándolo con indescriptible júbilo. Las lágrimas de Domingo y las del prisionero se confundían.

El esclavo, fuera de sí, gritaba, reía, lloraba, saltaba alrededor del prisionero, cantaba, volvía a abrazarlo y a besarlo, torcíase las manos, golpeábase la cabeza y daba, en fin, tales muestras de regocijo, que parecía que se había vuelto loco.

Robinsón, al ver esto, acercóse a Domingo con alguna inquietud y le preguntó a qué obedecía su extraña conducta; pero la emoción impedía hablar al pobre esclavo y fué preciso que transcurrieran algunos minutos antes que el negro acertara a manifestar la causa de su júbilo.

El prisionero, a quien Domingo hacía tales demostraciones de cariño, era su padre.

Pero no se pasa tan rápidamente desde

el umbral de la muerte a los brazos de un hijo cariñoso, sin que el alma experimente una violenta conmoción, y el prisionero recién libertado desmayóse de alegría, accidente a que contribuyó no poco el estado de extenuación en que se encontraba.

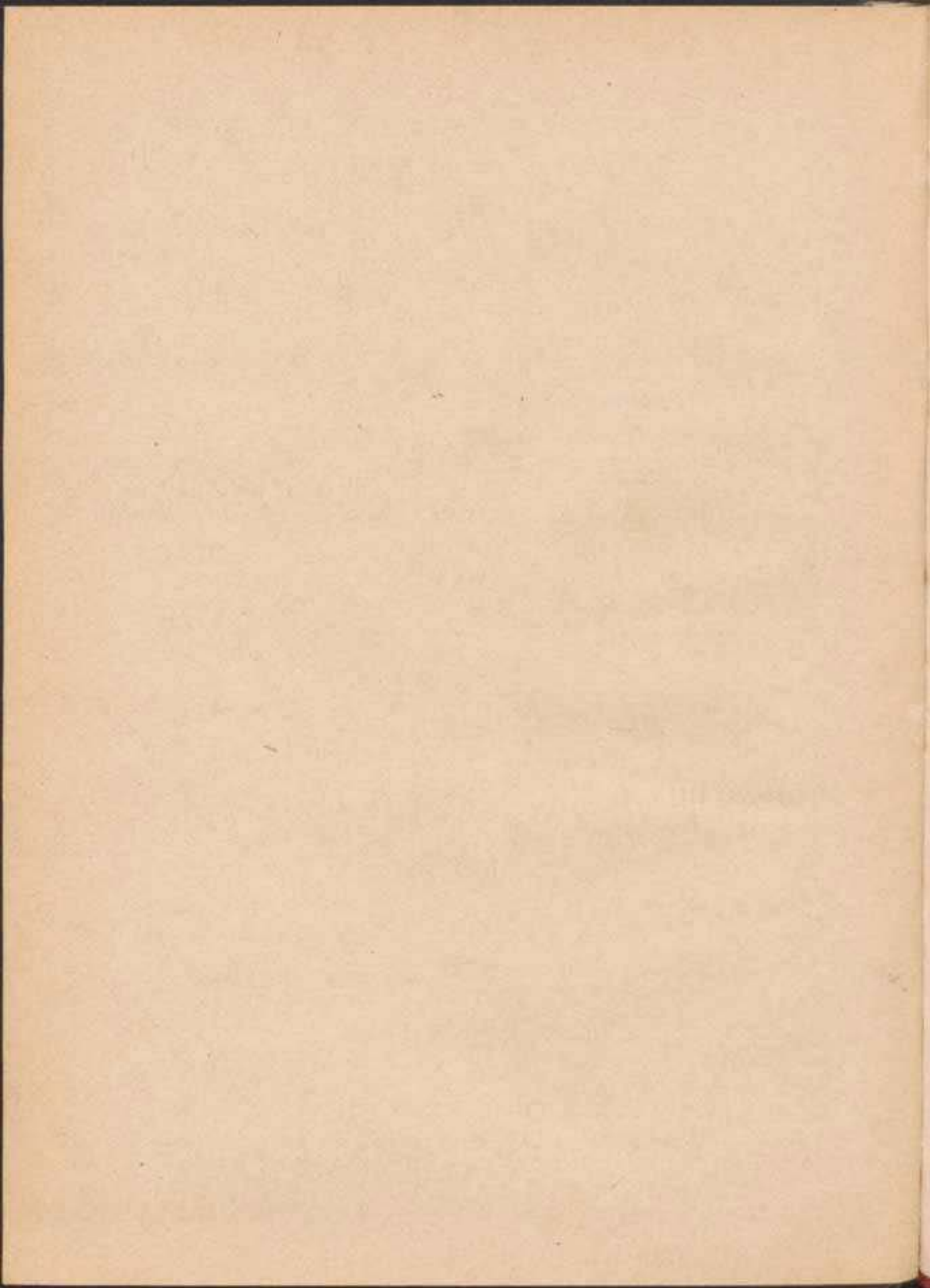
Trasladados los dos ex prisioneros al albergue de Robinsón, fueron solícitamente atendidos por éste y Domingo, y, merced a estos cuidados, no tardaron en reponerse y en recuperar sus fuerzas.

Cuando, dos días después, Crusoé advirtió que sus dos nuevos huéspedes estaban restablecidos por completo, y después de haber adquirido la certeza de que los náufragos socorridos por la tribu de Domingo eran sus compañeros de tripulación y continuaban viviendo, aunque en buenas relaciones con ellos, entre los salvajes, pensó en hacerlos trasladar a su isla, no sólo por creer que en ésta vivirían menos miserablemente si no porque abrigaba la esperanza de que, con los materiales de que él disponía, podría construirse entre todos una embarcación que los condujera a Europa o a América.

Las circunstancias favorecían su propó-



...partieron en la piragua con rumbo hacia al país en que se encontraban aquellos a quienes Robinsón deseaba prestar ayuda... (Pág. 65.)



sito, pues los caníbales habían olvidado en su precipitada huída una de sus piraguas, y ésta podía servir perfectamente para que el padre de Domingo y su compañero de infortunio fueran en busca de los desgraciados que residían entre gentes que carecían de civilización.

Expuesto su deseo a sus nuevos huéspedes, éstos se apresuraron a manifestar su satisfacción por ofrecerles ocasión de ser útiles a quien les había salvado la vida.

Y, efectivamente, una mañana temprano, provisto Christianus y el padre de Domingo de víveres en abundancia y de armas de fuego, partieron en la piragua con rumbo hacia el país en que se encontraban aquellos a quienes Robinsón deseaba prestar ayuda y en cuyo esfuerzo confiaba para abandonar la isla que desde hacía muchos años le servía de morada.

VIII

Ya hacía una semana que Robinsón esperaba, cada vez con mayor impaciencia, el regreso de sus mensajeros, cuando una mañana, encontrándose dormido en su al-

bergue, entró Domingo presurosamente, gritando :

—¡ Ya venir, mi amo ! ¡ Ya venir !

Robinsón, al oírlo, saltó precipitadamente del lecho, aproximóse al mar, y vió anclada, próximamente a una legua de distancia una embarcación inglesa, y, a pocas brazas de la isla, una chalupa, tripulada por once hombres.

Como Crusoé ignoraba cuáles eran las intenciones de los que se acercaban a la isla, quiso observarlos antes de presentarse a ellos, y al efecto ocultóse entre la espesura de un bosquecillo próximo desde donde podía ver sin ser visto.

Los tripulantes de la chalupa no tardaron en desembarcar. Eran efectivamente ingleses, y tres de ellos, atados y sin armas, eran empujados por los demás.

Los prisioneros estaban muy afligidos y daban muestras de desesperación.

—¡ Oh señor ! — exclamó Domingo al presenciar aquel espectáculo—. ¡ Vos ver hombres ingleses comer prisioneros como salvajes !

—No—protestó Robinsón—. Los ingleses no comen carne humana.

—Sí—insistió el esclavo— ; ellos querer comerlos.

—Temo—repuso Crusoé—que pretendan matarlos ; pero no se los comerán—. Y, después de un momento de reflexión, agregó :—Es preciso evitar que les den muerte.

Robinsón y Domingo vieron, desde el lugar en que estaban ocultos, que los ingleses, después de amenazar con sus puñales a los prisioneros, los abandonaban y se dispersaban por la isla sin duda con el propósito de reconocerla, excepto dos que quedaron al cuidado de la chalupa en que habían llegado.

Entonces lamentó Robinsón no tener a su lado a Christianus y al padre de Domingo, con cuya ayuda confiaba poder libertar a los prisioneros ingleses ; pero, esto no obstante, resolvió intentar la aventura.

Había observado que aquellos hombres sólo llevaban armas blancas—hachas y puñales—y esta circunstancia contribuyó a animarle.

Los tres prisioneros al quedarse solos, lejos de intentar escaparse, acaso porque

creían que toda tentativa era inútil, se sentaron en el suelo, afligidos y desesperados.

Aquél fué el momento que aprovechó Robinsón para acercarse a ellos, en compañía de Domingo.

Los prisioneros, al ver a Robinsón vestido de pieles, y a Domingo que no llevaba otra prenda que un sencillo taparrabo, se sobresaltaron, temiendo que éstos fueran enemigos más terribles aún que los ingleses; pero la actitud pacífica de los recién llegados los tranquilizó.

—No se sorprendan ustedes ni se inquieten—les dijo Robinsón—. Soy amigo, vengo en son de paz y mi propósito no es otro que el de prestarles ayuda.

Los prisioneros, al oírlo, se descubrieron respetuosamente, y dieron gracias a Dios por el socorro que les enviaba.

—Como ustedes ven—siguió diciendo Robinsón—, no tengo en mi compañía más que este joven esclavo; pero poseo armas de fuego y municiones en abundancia y puedo serles muy útil. Ante todo, díganme quiénes son ustedes y cuéntenme sus desgracias.

—¡Ay!—repuso uno de los interpelados—. Mis desgracias son horribles; pero, como no dispongo de tiempo suficiente para referírselas detalladamente, encon-



trándose mis enemigos tan cerca, me limitaré a exponerle en breves palabras la terrible situación a que me veo reducido.

—Le escucho—replicó Crusoé, cada vez más interesado por aquellos infelices.

—Soy, señor, el capitán de la embarcación que desde aquí se ve; la tripulación se ha sublevado, y me han reducido a prisión, conduciéndome a esta isla que mis enemigos creen deshabitada, donde se proponen dejarme abandonado, juntamente con estos dos desgraciados, que son, uno, mi teniente, y el otro un pasajero, a quien han castigado por haber salido a mi defensa.

—¡Canallas!—exclamó Robinsón sin poder dominar su cólera. Y, luego, agregó:—¿Dónde están ahora esos miserables?

El prisionero le indicó el lugar adonde los marinos ingleses se habían retirado, y Robinsón, con el auxilio de su anteojo, pudo ver que aquéllos se habían tendido en el suelo y, al parecer, dormían.

—Pues bien—dijo entonces Crusoé—, voy a entregar a ustedes armas de fuego, y, como ellos sólo tienen hachas y puñales, nos será fácil dominarlos. Si se resisten, les daremos muerte.

—No quisiera derramar sangre—repuso compasivo el capitán del buque—, pues, excepto dos que son unos bribones y los

principales promotores del motín, los demás son gente poco ilustrada y casi irresponsable, que han obrado por temor a sus compañeros más que por espontáneo impulso.

—En ese caso, las circunstancias nos trazarán la conducta que hemos de seguir. Vengan ustedes conmigo.

Y, dicho esto, Robinsón condujo a su morada a los tres prisioneros, les entregó una escopeta a cada uno, juntamente con las municiones necesarias y, después de haberles hecho tomar un refrigerio, salieron todos a sorprender a los marinos ingleses.

Robinsón, Domingo y los tres ex prisioneros caminaban con sigilo para evitar que los revoltosos adoptaran una actitud defensiva, antes de tiempo; pero, a pesar de sus precauciones, les fué imposible acercarse sin ser vistos.

—Puesto que es necesario derramar sangre—dijo Crusoe al capitán del buque—vaya usted delante con objeto de que dispare contra los principales promovedores de la sublevación. Es preferible que

caigan los más malos. Acaso los demás se rindan en seguida.

Y así lo hicieron en efecto.

Los revoltosos, al ver llegar armados a aquellos cinco hombres, lejos de intimidarse, se aprestaron a la defensa; pero no pudieron hacer uso de sus hachas ni de sus puñales, porque, antes de que lo intentaran, ya el capitán del buque y sus compañeros habían disparado.

Por fortuna las dos únicas víctimas que ocasionó aquella primera descarga fueron los dos bribones que habían sublevado el buque.

El capitán entonces intimó a los demás la orden de rendirse y entregar sus armas, y los revoltosos obedecieron, temiendo correr la misma suerte que los dos compañeros que habían caído muertos.

Robinsón, Domingo, el capitán del buque, el teniente y el pasajero procedieron inmediatamente a atar a los vencidos con unas cuerdas que llevaban a prevención, y, cuando esta operación quedó concluída, les dijo el capitán:

—Habéis querido darme muerte, os habéis rebelado contra mi autoridad y este

delito no puede quedar impune. Yo os perdonaría de buena gana; pero me es imposible dejar de cumplir mi obligación de entregaros a las autoridades en el primer puerto a que llegue el buque, y la ley es inflexible.

—Puede hacerse, sin embargo, otra cosa—propuso Robinsón.

—¿Otra cosa? Hable usted—replicó el capitán a su libertador—. A usted debo la vida, y de mí y de mi barco puede disponer como guste. Si lo que va a proponer es factible, se hará.

—En ese caso—dijo Robinsón—, propongo que dejemos abandonados a su suerte en esta isla a estos desgraciados. Aquí tienen medios sobrados de atender a su subsistencia y, si saben arreglarse, no ha de faltarles el alimento. Es el único modo de conservarles la vida, pues si los conducimos a bordo para entregarlos a la autoridad en cualquier puerto, serán ahorcados infaliblemente.

—Acepto esa solución—contestó el capitán; y, luego, dirigiéndose a los marineros que estaban atados, les preguntó:—
¿Estáis conformes?

—Sí, mi capitán—respondieron—. Conformes y agradecidos.

Solucionado este asunto, el capitán estrechó afectuosamente las manos de Robinsón diciéndole :

—Espero sus órdenes, señor.

—¿Mis órdenes? — interrogó Crusoé, sorprendido.

—Sus órdenes—insistió el capitán—, porque ya le he dicho que mi persona y mi barco estamos incondicionalmente a su disposición.

—Pues bien, amigo mío—repuso Robinsón—, nada tengo que ordenarle, pero, si quiere prestarme un favor, le ruego que me conduzca a Europa. La ayuda que le he prestado para que recobre la libertad no merece recompensa, porque no es otra cosa que el cumplimiento del deber ineludible que toda persona honrada tiene de socorrer al que necesita ayuda ; pero, como aunque no hubiera podido prestarle ningún servicio, habría dirigido este mismo ruego al capitán del primer barco que hubiese tenido al alcance de mi voz, no he de abstenerme de hacerlo porque ese capitán sea usted.

—Partiremos cuando usted lo desee—
contestó con laconismo el capitán.

—Mañana, entonces.

—Mañana.



Y aquella tarde, después de referir Robinson a sus nuevos huéspedes todos los incidentes de su azarosa vida, explicó a los marineros que debían quedarse en la

isla en que él había residido tantos años, el modo de hacer el pan, de cultivar el grano y de conservar las uvas, dándoles todas las instrucciones necesarias para poder vivir sin que les faltase el alimento.

También les dijo que no tardarían en llegar algunos hombres que, socorridos hacía muchos años por los indígenas de otra isla no muy lejana, vivían con ellos en buenas relaciones de amistad, y les confió una carta para que se la entregaran a aquéllos cuando llegasen, haciéndoles prometer que compartirían con ellos los bienes que él les dejaba.

A la mañana siguiente, 19 de diciembre de 1686, salió, por fin, Robinson Crusoé de la isla a que lo habían arrojado las olas del mar, en una noche tempestuosa, veintiocho años, dos meses y diez y nueve días antes.

Robinson no se llevó consigo más que el diario en que había consignado minuciosamente todas sus impresiones y a su fiel esclavo Domingo.

El loro al que había enseñado a repetir su nombre, se lo regaló al capitán del buque que había de conducirlo a Europa; y

el perro que durante mucho tiempo le acompañó en su soledad, hacía ya muchos años que había muerto.

IX

El 11 de junio de 1687 y después de un viaje de cerca de seis meses desembarcó Robinson Crusoe en Inglaterra, a los treinta y cinco años de haberse ausentado.

Sus padres habían muerto, y de su numerosa familia no le quedaban ya más que dos hermanos y dos sobrinos.

Robinson visitó la tumba en que reposaban sus progenitores y, postrado de hinojos ante ella, pidió, arrepentido y lloroso, perdón de su desobediencia.

Después, transcurrido algún tiempo, como, a pesar de las infinitas amarguras sufridas, no había perdido su entusiasmo por la navegación, hizo nuevos viajes; pero ninguno fué tan infortunado como el que le redujo a vivir durante muchos años en una isla desierta, apartado del

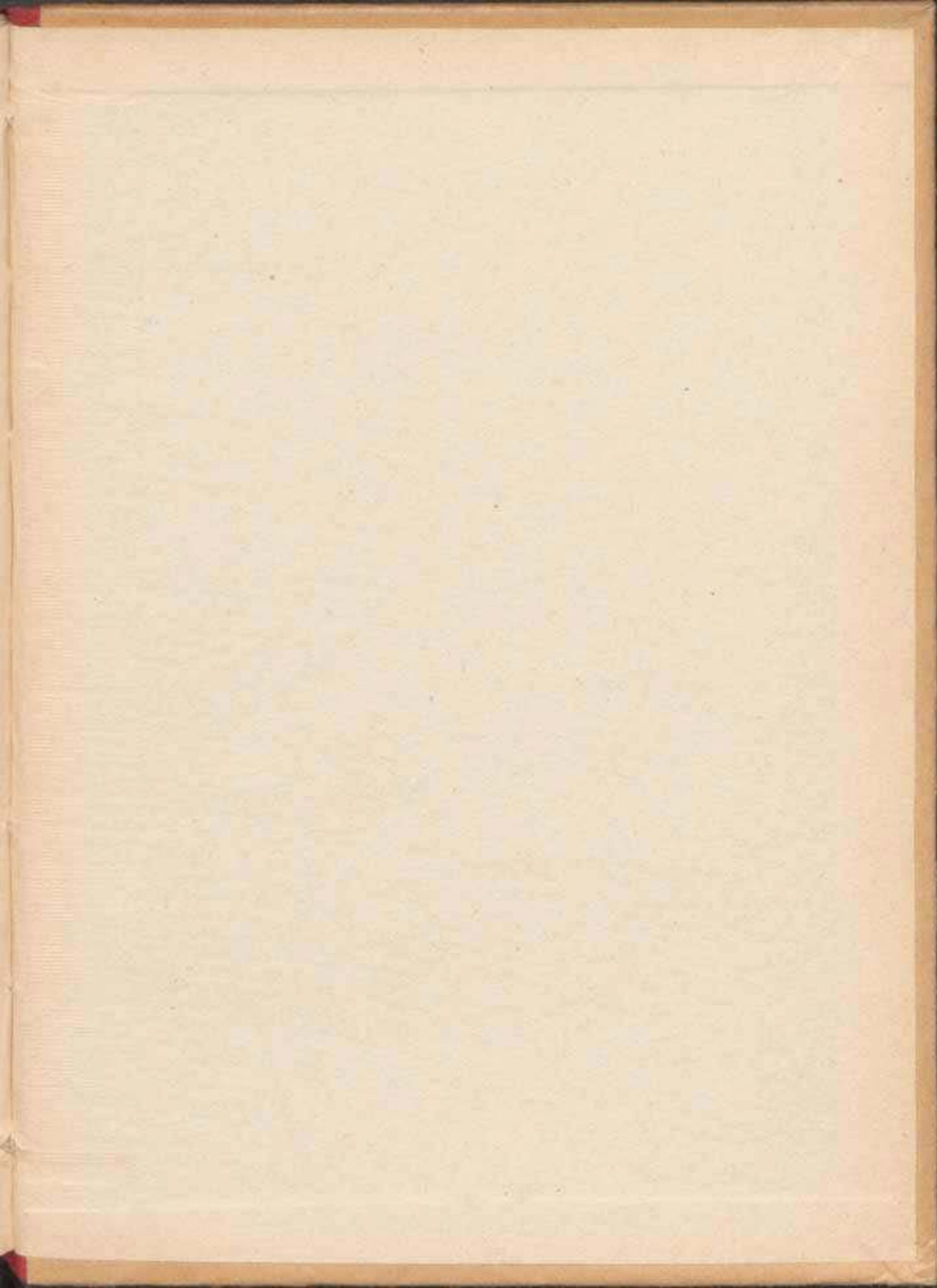


trato de las gentes, y en medio de la soledad más espantosa.

Ya sexagenario, cuando, a costa de sufrimientos y sinsabores, había aprendido a conocer el valor del reposo, dejó de viajar por el mundo, disponiéndose para el viaje definitivo, a cuyo término había de ser juzgada su alma por la Justicia Suprema de Dios que jamás deja sin castigo el mal, ni el bien sin la debida recompensa.



FIN



BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La picara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte).
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.—El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.ª parte).
58. Héctor Servadac (2.ª parte).
59. El maestro Zacarias.
60. Martín Paz.

L. E. 1